



2. Estudios

Unidad y diversificación de los planes de enseñanza, por ARSENIO PACIOS

En todos los países existe la preocupación de cohonestar en lo posible estas dos tendencias y no cesan los esfuerzos por encontrar una fórmula que, salvando la unidad básica de la formación del futuro ciudadano, presente suficientes variaciones para adaptarse a las distintas características e intereses de los diversos grupos de alumnos.

El problema no se plantea con la misma gravedad en los tres niveles de enseñanza: el básico, el medio y el superior o simplemente profesional. En el básico—primaria y ciclo inferior de la media— parece que debe mantenerse casi absolutamente la uniformidad de la formación, y consiguientemente la de los contenidos de enseñanza. En el superior y en el profesional propiamente dicho parece que la necesidad de llegar a un dominio efectivo de los conocimientos necesarios para el desempeño de la profesión, hace preciso abandonar muchos otros campos del saber que pudieran ser comunes con el resto de las profesiones. Nos hallamos aquí ante la aplicación del principio de la división del trabajo, sin la cual la limitación humana impediría una verdadera profundización en el dominio profesional elegido.

La enseñanza secundaria, colocada a medio camino entre la básica y la profesional, es precisamente el campo en que posiblemente deba esbozarse primero y acentuarse después esta diferenciación de los

estudios, para desembocar en las opciones propiamente profesionales. De aquí que sea en este nivel donde el problema se nos ofrece con mayores exigencias de solución.

Son, por un lado, evidentes las ventajas de una formación homogénea, común para todos, lo más sostenida posible.

En efecto, entre otras muchas razones, abogan por la unidad de los estudios medios las siguientes:

a) Una larga formación uniforme permitirá que los profesionales del futuro tengan intereses comunes y un lenguaje común en el que poder dialogar y entenderse, incluso los que hayan elegido las profesiones más dispares.

b) En caso de error en la orientación vocacional no necesitan retrotraer el comienzo de sus nuevos estudios a niveles excesivamente bajos, con el consiguiente ahorro de tiempo.

c) La formación propiamente humana se halla favorecida al ser de más ancha base su instrucción y al adquirir aquellos conocimientos fundamentales que determinan de una forma más genérica el modo de actuar del joven en la sociedad.

d) Una amplia y prolongada formación de carácter común servirá siempre de contrapeso a las estrecheces que suele llevar aparejadas una especialización muy acusada que, a veces, constituye una verdadera deformación.

Pero, por otra parte, también ofrece ven-

tajas una prematura especialización. Citaré algunas:

a) La limitación de la capacidad humana impide abarcar un dominio demasiado extenso y pide una pronta delimitación del campo sobre el que hay que concentrar los esfuerzos.

b) El poco tiempo disponible para adquirir el dominio de una profesión y de los conocimientos que le son imprescindibles impone el sacrificio de aquellos campos del saber que no se hallan en relación directa con ella. ¿Para qué han de perder el tiempo estudiando unos rudimentos de latín los que han de dirigirse, por ejemplo, hacia profesiones manuales?

c) Las características individuales marcan acusadas diferencias, de tal modo que se pueden formar grupos de alumnos cuyas aptitudes especiales y cuyos intereses difieren notablemente de los de los alumnos pertenecientes a otros grupos. Parece natural que, de acuerdo con estas diferencias, se les ofrezca la posibilidad de seguir un tipo de estudios concorde en cada caso con las características del grupo. Y esto supone ofrecer a la elección de los alumnos un repertorio de opciones diferentes desde el momento en que aparecen esas características.

d) El hecho de poder ensayar, desde una edad más temprana, la elección de un determinado tipo de estudios puede facilitar la orientación vocacional, bien confirmando la elección hecha, o bien negativamente, demostrando lo antes posible el error de la elección.

Sin meternos a valorar y criticar estas razones, que no son sino una muestra de otras muchas que se pudieran aducir, salta a la vista que la solución óptima, a la hora de elaborar los planes de enseñanza, sería el satisfacer con ellos todas las exigencias que en la enumeración de dichas razones van implicadas. En otras palabras: sería deseable encontrar un sistema de enseñanza de nivel medio que, manteniendo el carácter de generalidad y unidad, permitiese a los alumnos elegir opciones concordantes con sus intereses, vocación y preferencias.

Pero como a primera vista aparece, se trata de una aspiración irrealizable. Será, pues, necesario encontrar unas fórmulas

que manteniendo la unidad fundamental de las enseñanzas —aunque disminuida en cierta medida—, acepte sin embargo una determinada diferenciación de acuerdo con las características distintas de los alumnos.

En todo caso, bien se ve que ya no se mantiene incólume ni el principio de la unidad ni el de la diversidad. Pero posiblemente no sea necesario ni conveniente mantener a ultranza ninguno de los dos principios, dentro de ciertas limitaciones, de tal forma que permitan obtener el máximo de ventajas con el mínimo de inconvenientes.

En este sentido se trabaja hoy en todas partes, tratando de hacer compatible la unidad fundamental de los planes de enseñanza con una diversificación de los mismos, de forma que se adapten a las particulares exigencias de los distintos tipos de alumnos.

Cierto que no es fácil acertar con la fórmula y que el número de éstas que se puede proponer es prácticamente ilimitado. Y ello quiere decir que no hay ninguna tan perfecta que arrastre el consentimiento de todos.

Sin embargo, creemos que se puede ensayar una propuesta práctica que resulte satisfactoria.

A nuestro juicio la unidad fundamental de la formación del joven se logra manteniendo un *tronco común* de disciplinas más o menos extenso y más o menos robusto. Fuera de él caben materias opcionales a tono con las peculiares características de los diversos grupos de alumnos.

Por otra parte ayudará a salvar esa unidad fundamental el hecho de que la diferenciación sea introducida *progresivamente*. Con esto se paliarán sin duda los siempre posibles errores de orientación y sólo según se vayan confirmando los aciertos de la primera elección irá aumentando la diferenciación.

En tercer lugar se estima que puede contribuir en gran medida a atenuar los inconvenientes de una prematura aunque necesaria diferenciación el *modo de enseñar y de aprender* que, si es verdaderamente básico y fundamental en sus contenidos y racional en la forma, contribuirá a la formación uniforme a pesar de la diversificación de las materias.

Creemos que no será baldío insistir sobre estos tres últimos puntos.

Respecto del *tronco común* se estima indispensable que esté constituido por cada una de las tres formas principales de expresión que, por sí solas, contribuyen a lo que podríamos cifrar, aproximadamente, en el 60 por 100 de la formación. Consideramos que la expresión verbal —oral y escrita— es la principal y que, por lo tanto, debe figurar entre las materias de tronco común en todos los cursos de la enseñanza secundaria, pero cargando el acento precisamente en lo que la acredita como medio de expresión, de tal forma que la Literatura y su Historia, así como la Gramática, sean consideradas más bien como medio que como fin.

Como complemento de la lengua materna debe darse entrada también en el tronco común al menos a una lengua extranjera moderna. No es necesario insistir en la necesidad de su posesión, no sólo por cuanto abre una ventana a una civilización, una cultura, un modo de ser y de pensar distintos de los nuestros y que los complementan y perfeccionan, sino porque, además, la facilidad de las comunicaciones y la tendencia a una cada vez más estrecha relación con otros países la hace indispensable.

Otro medio de expresión de valor universal, no sólo en el ámbito científico, sino también en el de las ciencias humanas y en la vida corriente es el lenguaje matemático. Se cree, pues, que todos los alumnos deben coincidir en la enseñanza de esta materia. Bien entendido que esta obligatoriedad se funda en su carácter de medio de expresión y, por lo mismo, no es necesario que todos los alumnos la estudien ni con la misma profundidad y extensión ni según la misma modalidad. Para unos podrá servir la Matemática pura, para otros alguna Matemática aplicada; para otros, en fin, una Matemática básica sin excesivas pretensiones.

Por último, consideramos como un medio necesario de expresión el Dibujo, ya sea artístico y de figura, ya técnico. Debe, pues, concedérsele sitio entre las materias del tronco común; si bien las horas que se le han de dedicar pueden no sobrepasar las dos semanales, a ser posible dadas en una sola sesión.

Con esto atendemos de una manera relativamente uniforme a la formación intelectual del joven en los distintos aspectos

de su inteligencia: en el simbólico, en el lógico y en el técnico. En sentido parecido se pronunció el grupo de trabajo francófono que, en la Reunión del Consejo de Europa de Düsseldorf (11 al 20 de noviembre de 1968) se expresó así en una de sus conclusiones: «La organización del segundo ciclo secundario debería permitir la eliminación de una enseñanza demasiado enciclopédica. Sin embargo, dentro de un sistema de opción que permite un mejor estudio en profundidad, los alumnos deberían elegir necesariamente tres disciplinas particularmente capaces de desarrollar:

- a) las aptitudes para el diálogo y la comunicación,
- b) el espíritu lógico,
- c) el espíritu de observación,
- d) la creatividad.

Y creemos que las tres materias propuestas como las mínimas indispensables para formar el tronco común responden a estas exigencias, ya que mientras todas ellas pueden contribuir a desarrollar la capacidad creadora, las lenguas capacitan para el diálogo y la comunicación, la matemática para el espíritu lógico y el dibujo para el de la observación. A esto habría que añadir el valor que estas disciplinas tienen en cuanto medios instrumentales que facilitan el acceso a todos los campos del saber.

Con esto pensamos haber salvado lo esencial de la unidad de la formación pudiendo abrir el paso a diversificaciones accidentales, dando entrada a algunas materias más con carácter electivo; aunque sea obligatorio el elegir un determinado número, nunca demasiado grande, señalando si es preciso grupos homogéneos y racionales de materias coherentes y complementarias entre sí, de acuerdo con los especiales intereses de los alumnos.

Si a estas materias, obligatorias, pero de opción, añadimos alguna para que sea elegida libremente por los alumnos, simplemente de acuerdo con sus personales preferencias, habremos dado un buen paso de aproximación a las particulares disposiciones del alumno, sin renunciar por eso a la unidad fundamental de su formación.

Dado el carácter de transición que tiene la enseñanza secundaria —entre la básica y la superior y profesional— es preciso que la diferenciación sea *progresiva*, de tal forma

que en los primeros cursos haya pocas materias opcionales en beneficio de las que componen el tronco común. Este debe comprender en los primeros cursos, además de las que anteriormente se han considerado indispensables, alguna materia de las llamadas ciencias humanas o sociales. Paulatinamente se irán restringiendo las comunes para dar paso a una más acusada especialización.

En cuanto al *modo de enseñanza y de aprender*, lo consideramos de extremada importancia para salvar la unidad fundamental de la formación. Siendo así que la finalidad de esta etapa educativa es no sólo proporcionar al alumno determinados conocimientos de base para proseguir después con provecho estudios ulteriores, sino —y sobre todo— formarse humanamente hasta el mayor grado posible, se deduce que no interesa tanto lo que aprenda, cuanto que el modo como lo aprenda sea verdaderamente eficaz en orden a su formación.

Los buenos hábitos intelectuales y morales se adquieren por el ejercicio del entendimiento y de la voluntad. Pero este ejercicio tiene que hacerse mediante actos lo más perfectos posible, ya que, si no es así, esos actos podrían incluso llegar a destruir los buenos hábitos. De aquí la importancia que tiene, para la formación de los alumnos, el modo correcto, depurado, perfecto a ser posible, de hacer los actos que llevan a la posesión del saber. De forma que no siempre son correlativos el aumento de saber y el aumento y perfección de los buenos hábitos. Toca a los profesores cuidar de que la adquisición de la ciencia por parte del alumno contribuya efectivamente, no sólo a su instrucción, sino, sobre todo, a su formación intelectual y humana. Por donde también así nos acercaremos en alguna medida a la tan deseada unidad y uniformidad de la formación, incluso con planes de enseñanza suficientemente diferenciados.

Hemos considerado, pues, el problema de la unidad y diversificación de los planes de enseñanza referido exclusivamente al ciclo superior de la enseñanza secundaria

y teniendo en cuenta solamente la formación intelectual que se pretende conseguir.

Ello no quiere decir que esta aporía no se presente en otras etapas más tempranas o más tardías que la considerada. Pero es en ésta donde el problema adquiere más acusada gravedad y por eso nos hemos ceñido a su discusión en las líneas precedentes.

También sabemos que una auténtica formación humana incluye el dominio de lo moral y hasta de lo fisiológico (1). Pero estimamos que de haber pretendido abarcar todos los aspectos de la formación hubiéramos introducido confusión en nuestras reflexiones. Siendo propio del entendimiento humano considerar por separado los aspectos distintos de una misma cosa, hemos preferido, para mayor comodidad y claridad, atenernos exclusivamente a la enseñanza y a la formación intelectual. Aun así, la evidente dificultad del tema permitirá muchas matizaciones y, con seguridad, muchas discrepancias. Al fin y al cabo, en un problema en que se quiere conciliar los opuestos, siempre quedarán cabos sueltos y conclusiones sin fundamentar.

(1) Entendemos que el cultivo del entendimiento debe afectarle en todos sus aspectos: el especulativo, el práctico o moral y el técnico. El hombre debe estar formado para amar y perseguir la verdad; para juzgar del bien y del mal y adaptar la conducta a sus convicciones; para encontrar un sentido a los objetivos de la técnica y ser capaz de valorarlos con justeza. Una formación del entendimiento que descuide alguno de estos aspectos es manca y deficiente.

En un medio social como el actual, en que la técnica nos rodea por todas partes, es concebible que el hombre sea sordo y ciego para los objetos técnicos. Por otro lado despreciar la técnica como estéril en orden a la formación humana —humanística— es un prejuicio reñido con la realidad. Todo conocimiento nuevo, aunque sea del más baladí objeto técnico es humanamente formativo si es racional, si nos permite descubrir el sentido del todo y el sentido de las partes en el todo, de su forma y disposición. En cambio, puede muy bien acontecer que un capítulo de matemáticas, aprendido sin comprender su sentido, su razón de ser, sea perfectamente estéril en orden a la formación humana del que lo aprendió.

Por eso juzgamos que debe ser ofrecida a la elección de los alumnos una materia que nos gustaría llamar «Formación tecnológica», que, en los primeros cursos podría ser precientífica, muy apta para despertar el interés por las ciencias de la naturaleza, y, en los años subsiguientes, poscientífica y de aplicación.

Esta materia eminentemente formativa, además de colmar una laguna en la formación intelectual, sería un precioso auxiliar para el descubrimiento de secretas inclinaciones y aptitudes para la técnica. E incluso para quienes no se hayan de dedicar a ella, sería un complemento de gran valor, una ventana a un mundo desconocido.

En el examen racional de un objeto técnico —un grifo, dos interruptores conmutados, una cisterna, una cerradura, un tornillo de tuerca o una balanza— se encuentran motivos más que suficientes para desarrollar hábitos de observación, de medida, de relación de elementos, de razonamiento, de invención o reinventión, de actividades manuales, de descomposición y reconstrucción. Se presta a su representación gráfica mediante el esquema y el dibujo técnico —lenguaje universal—. En su estudio se dan siempre cita la economía, la matemática, las ciencias físicas, la geografía, la historia, el arte, etc. Pocos temas, pues, se prestan tan bien como éste a las grandes síntesis, siempre que el profesor sepa sacar partido a objetos usuales llenos de tesoros de experiencia, de agudeza e ingenio y de la nobleza inherente siempre al trabajo humano.